

Palabras de Don Miguel Limón Rojas

Agradezco al Dr. Fernando Serrano, su amable invitación a participar en este homenaje que mercedamente rinde la Facultad de Derecho a la memoria del Doctor Don Mario de la Cueva. Uno de los grandes maestros de nuestra Universidad Nacional, uno de quienes sirvieron a la causa de Justo Sierra: materializar el ideal de crear, recrear y transmitir el conocimiento destinado al engrandecimiento de México; un amante de las ideas orientadas a impulsar el mejoramiento de las condiciones de vida del ser humano y de los pueblos; un convencido de que a través de ellas es posible explicarnos la realidad y contribuir a su transformación. A este propósito estuvieron orientados su estudio y su pensamiento. Dedicó su atención al derecho público. Eligió ocuparse de las personas, no de las cosas. Como estudioso y autor de Derecho del Trabajo se propuso servir al bienestar de la clase trabajadora. En esta materia alcanzó un destacado reconocimiento internacional y en nuestro país los procesos de elaboración de nuevas leyes le incluían como consulta obligada.

Mi generación disfrutó de su *Teoría del Estado* y de su curso de *Derecho Constitucional*. Su cátedra era singularísima; reflejaba la riqueza de una sólida formación que incluía la historia, la filosofía, la ciencia política, la sociología, la literatura. Pero sobre todo, estaba vinculada a valores y emociones muy hondas que él había cultivado a lo largo de su vida. Todo tenía que ver con una identidad formada desde la virtud interior, muy por encima de las inquietudes del éxito público. Desde ese mirador, nos iniciábamos en el conocimiento de los fenómenos políticos, de los hechos sobresalientes en el devenir de la humanidad. Al comunicar, nos transmitía la sensación de estar escuchando a los grandes pensadores, a los forjadores de la dignidad humana, a los intérpretes de las leyes de la historia. De sus

exposiciones emanaba un impulso liberador que incitaba a leer, a pensar, a discutir, a seguir aprendiendo.

La palabra del maestro nos mostraba horizontes y encendía en nosotros el deseo de formar parte de una causa llamada a desterrar toda injusticia, toda forma de poder arbitrario. Es necesario, decía, aprender a escribir la palabra estado con minúscula para que quede claro que se trata de una entidad necesaria pero subordinada a los intereses superiores del ser humano y de la sociedad.

Bajo esa conducción privilegiada, transitábamos por los procesos históricos de mayor relevancia, desde la *polis* de la Grecia antigua al surgimiento del Estado moderno; del triunfo del Tercer estado a la caída de la monarquía y el surgimiento de la República. Disfrutábamos de los debates que llenaban de vida las asambleas, las convenciones y los congresos. El Maestro nos hacía entender y sentir la revolución como el gran acontecimiento por medio del cual el progreso social se imponía sobre las resistencias de regímenes negados a aceptar su caducidad histórica. Con el ardor revolucionario aparecía el momento culminante del ejercicio de la soberanía popular para que de ésta surgiera el nuevo Derecho fincado en la legitimidad. De la Cueva hacía evidente su predilección por Rousseau, no obstante la gran importancia que reconocía a Montesquieu. Le inquietaba más el tema del origen del poder político que lo relativo a las reglas y técnicas que guiaban su ejercicio.

Fue en el otoño de su vida que nuestra generación tuvo el beneficio de su cátedra: tono grave enmarcado en actitud severa; mensaje optimista nacido de un espíritu bondadoso. Lo percibíamos situado en esa cima a la que se llega por la vía de la congruencia; le admirábamos como poseedor de un tipo de saber al cual era indispensable acercarnos si queríamos descubrir, aprender y crecer.

Hay que decir también que en la Facultad no todos lo pensaban así; había quienes entendían las cosas de manera diferente, pues en aquel entonces tenía lugar un apasionado debate entre kelsenianos y iusnaturalistas. Me pregunto si habrá concluido ya. De la Cueva no se declaraba iusnaturalista pero era contundente al afirmar que el orden jurídico contrario a la libertad carecía de toda validez.

Aquellos años formaban parte de la década de los sesentas a la que historiadores autorizados del siglo XX han considerado como una de las más florecientes de tan agitada centuria. Europa se había reconstruido, había logrado sobreponerse física y anímicamente a las atrocidades de la guerra. Tenía la mirada puesta en un futuro esperanzador; la utopía brillaba con fuerza; el movimiento obrero socialista desfilaba por las calles de Roma, Londres, París; un número importante de respetables intelectuales militaba en el compromiso por el bienestar de las grandes mayorías. En América, la Revolución Cubana lucía joven, vigorosa y sobre todo, prometedora. Distinguidos profesores de Ciencias Políticas y de Filosofía de esta Universidad, habían participado fraternalmente en las campañas de alfabetización inspirados en la hazaña de la Sierra Maestra. En Playa Girón, la corpulencia de Goliat había resultado impotente ante todo el coraje del que David había sido capaz. En este contexto fue muy triste para el maestro el día en el que las voces disidentes de Praga, en agosto del 68, se vieron acalladas por los tanques soviéticos. Cuando se hacía necesario, la Guerra Fría cobraba temperatura.

En nuestro medio, en esta Facultad, y en Humanidades en general, los estudiantes protestábamos contra el oprobio materializado por los norteamericanos en Vietnam y contra la invasión a la República Dominicana. En lo que a nuestro país se refiere, nos indignaba la cerrazón del sistema político basado en el esquema de un solo partido y en el predominio casi ilimitado del Ejecutivo. La práctica de la democracia, del federalismo y de la división de poderes muy poco tenían que ver con los preceptos constitucionales. Pensadores respetables, poco comprendidos entonces por nosotros, explicaban que la Constitución sí bien no era una realidad, sí representaba un programa que impulsaba el progreso político del país. También nos comparaban favorablemente con el resto de América Latina. Estas tesis no nos parecían suficientes para explicar la precariedad de las libertades políticas o la pobreza de los campesinos. Por todo esto, el movimiento estudiantil del 68 cobró las dimensiones de un verdadero sismo político. El gobierno denunciaba lo que llamaba ideas exóticas en la mente de estudiantes manipulados, pero parecía no identificar el origen de los vientos que entonces se desataron y que todavía hoy no acaban de encontrar

sosiego. La protesta contra la estupidez y la brutalidad se hizo de las calles durante meses y por supuesto, en la anchura de esas avenidas pobladas de indignación también desfilaba De la Cueva, a su lado nosotros, a la cabeza el Rector Don Javier Barros Sierra.

Muchos son los cambios políticos y sociales ocurridos de entonces a nuestros días. Es bueno recordar que ni los académicos ni los políticos ni los luchadores sociales los pronosticaron. Se veían venir acontecimientos, conflictos, pero el comportamiento de la sociedad y por su parte el del Estado fue mucho más allá de lo que actores y observadores pudieron prever. Sin embargo, hoy debemos reconocer aquí que no obstante los cambios ocurridos a lo largo de este tiempo, la justicia mantiene en muchos aspectos exigencias aún no satisfechas; las formás de convivencia se han deteriorado hasta alcanzar expresiones que en aquel entonces no llegamos a imaginar. Tras las formás de la democracia y en nombre de ella, mandan los intereses.

Con mayor razón debemos preguntarnos hoy dónde esta la respuesta que nos impulse a colocarnos en un mejor camino, que al menos nos devuelva el horizonte que nos rescate de falsas ilusiones. Quizá parte de la tarea que nos corresponde consista en aceptar la fuerza con la que se logró imponer la enajenación de la que nos prevenía Marcuse. Esa enajenación que ocupó los espacios hasta hacer creer a adultos y a jóvenes, que la libertad aparente es real y que es posible vivir desentendidos del verdadero compromiso con nosotros mismos.

Me parece que es así como vale la pena recordar a De la Cueva. Para mí se trata de una valiosa ocasión para expresar a él mi gratitud una vez más, y al honrar su memoria evocar los motivos por los cuales su palabra continúa viva y su imagen sigue presente entre nosotros con la misma elocuencia de hace ya varias décadas. Bello quehacer el de explicarnos cómo se alcanza la perdurabilidad, cómo es que se mantienen vigentes después de tanto tiempo las inquietudes y las luces que pasaron a formar parte de nuestra manera de mirar el mundo.

Si bien las personas dejamos a nuestro paso recuerdos, algunas son las que logran dejar huella y la huella más profunda es la que alcanza la hondura de la conciencia. Ese ámbito del ser donde nacen y se cultivan

los principios sobre los que se construye el criterio desde el cual podemos guiar la rectitud de nuestras acciones. Es en este espacio en el que labraba el Maestro mediante la fuerza de la palabra, pero sobre todo, a través del ejemplo, generación tras generación, en todos quienes tuvieron la aptitud para recibir el beneficio de su enseñanza.

En este espacio que será identificado con su nombre, evocamos hoy un magisterio que estuvo orientado al ensanchamiento incesante del espíritu a partir del conocimiento vinculado al más permanente sentido de lo humano.